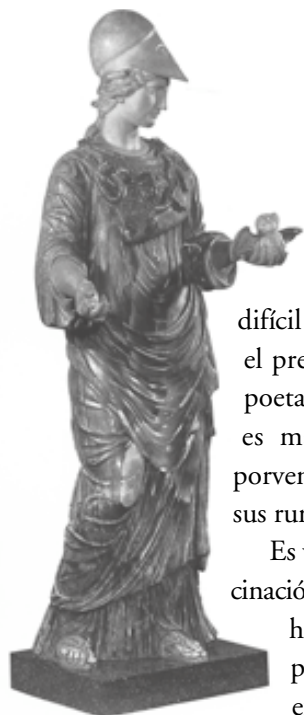


Tiempo de García Terrés

Hugo Hiriart



“No hay nada más difícil de ver y apreciar que el presente, puntualiza el poeta Antonio Machado, es más fácil hablar del porvenir y hasta profetizar sus rumbos”.

Es verdad, creo. La alucinación inevitable que hace huir y evasivo el presente consiste en exagerar la trascen-

dencia de las acciones y decisiones del momento, es decir, suponer que las consecuencias de ellas serán, al menos, duraderas, cosa en general falsa porque las acciones humanas son casi siempre, desde el punto de vista histórico, pasajeras, triviales, traspasadas de la más espesa banalidad. Es decir, se pretende hacer absoluto lo que sucede en el presente, perder de vista su relampagueante caducidad.

En esto cavilaba al leer por segunda ocasión *Reloj de Atenas* de Jaime García Terrés. Lo vuelvo a visitar porque el libro me complace enormemente. Está lleno de vida y es tan cautivador y está tan bien plantado como la Grecia moderna misma, que es su tema. Grecia, sí, pero el volumen va también revelando la realidad interna de su autor, es decir, es, en más que cierto modo, autobiográfico: un tiempo vivido en Grecia por García Terrés cuando era ahí embajador. Y del cargo viene, supongo en parte, el buen sentido del panorama griego que se exhibe, aunque su amenidad corre entera a cargo de la personalidad del poeta que escribe. Quiero decir, es el testimonio de un poeta fervoroso, cada página lo manifiesta.

Pero, por supuesto, el libro tiene su tiempo, dado que es testigo de lo sucedido en la segunda mitad de los años sesenta y enton-

ces fue escrito, por lo que en breve epílogo fechado en 1977 su autor declara:

No he querido escamotear al pasado las coordenadas que lo sitúan y deslindan. Estos cuadernos de apuntes tienen un principio y un término definidos, y hasta las divagaciones menos episódicas llevan su marco circunstancial.

Conserve memoria de hechos referidos en el libro, aunque era un joven de menos de veinticinco años cuando esto tuvo lugar, y resuenan en mi memoria nombres como el del político Papandreou o Teodorakis el músico o, por supuesto Miller, Durrell o Kavafis, a quienes leíamos con fervor. Y me mero también el cuartelazo de los coroneles, pero me impresiona grandemente qué lejos, qué *démodé*, se mira desde el ahora de la Unión Europea, a la que pertenece Grecia, esa perversa, cuanto brutal, acción.

Quisiera, sin embargo, poner otro ejemplo. Se trata de una carta de Octavio Paz, embajador entonces en la India, dirigida a García Terrés, embajador en Grecia, y en ella se lee lo siguiente:

Me preguntas, le dice Paz, si la India tiene “salvación”. En principio, creo que ningún país la tiene: se salvan los individuos, no las naciones. ¿Los Estados Unidos, China o México tienen salvación? Si por salvación se entiende progreso o desarrollo económico o social, mi opinión sobre la India es francamente pesimista. Dentro de diez o quince años, a lo sumo, la miseria de la India alcanzará tales proporciones que se convertirá en un problema —y un remordimiento— mundial. Por supuesto, puede ocurrir un milagro: por ejemplo, la técnica puede descubrir alimentos sintéticos baratos o pro-

cedimientos más efectivos de *birth control*... Mi pesimismo se extiende a lo que se llama “sabiduría oriental”. No creo que ningún hombre realmente moderno pueda salvarse por el camino de Buda, Krishna o la filosofía Vedanta...

Qué raras suenan esas predicciones hoy que la India está en camino de seguir a China en convertirse en potencia económica. Quién iba a pensarlo en 1966. Eso sin alientos sintéticos ni nada. También Naipul se mostró pesimista en su libro sobre el Subcontinente. Con un audaz salto imaginativo, se habría logrado, sin embargo, vaticinar lo que ahora se desarrolla. Pero no puede elevarse un brinco así si estamos demasiado hechizados por el aparente vigor del hoy (que, lo sabemos, muy pronto será ayer).

El pájaro de Minerva, el búho, emprende el vuelo al atardecer. Y también la poesía. Memoria y poesía tienen el don de congelar el instante, inmovilizando el tiempo, dejando al fin quieto el suceso, libre del transcurrir incesante. Así, tanto la Grecia viva, convulsa, falible y fascinante, como la Grecia blanca, la clásica, de Homero, asoma entre las vides en el mar verde azulado de perfecta transparencia o en un poema de Giorgos Seferis o en los movimientos de una mesera (“por el modo de andar se comprendía que era una diosa”, dice el poeta), permanece en ese libro que es preciso hoy reprimen y poner al alcance de todos.

Pero más que nada, no tanto por el escritor que refleja, sino por el hombre: porque el libro no contiene una sola palabra de odio o mezquindad, sino sólo generosidad, inteligencia y esa gentileza, ese altruismo, esa bondad que, en mi opinión, valen más, mucho más, que todas las sagacidades, astucias y desvelos de la pompa literaria. ■